

Textos: Gn 12, 4-9; Gn 13, 1-13; Gn 14, 11-24; Gn 15, 2-3; Gn 18, 22-33.

T1. La generosidad de Abrahán. Gn 13, 1-13. “Aumentaron los ganados. Se multiplicaron las ovejas, obtuvieron grandes riquezas y enseguida llegó la discordia. Antes había paz y unión en el amor, ahora riñas y peleas. Porque cuando existe lo mío y lo tuyo, surgen toda clase de litigios, cuando esto no existe, se da la concordia y la paz verdadera” (S. Juan Crisóstomo).

T2 “¿Ves cómo Lot sólo se fija en las características de la tierra y no atiende a la maldad de sus habitantes? Dime, ¿para qué sirve una tierra fértil y pródiga en cosechas cuando sus habitantes son de natural malvados? El bien más importante es la rectitud de los habitantes. Lot, en cambio, miró una sola cosa, esto es, la fertilidad de la tierra. (...) ¿Ves cuán gran mal es intentar acceder a los lugares de honor y no atender a su utilidad? ¿Ves cuán importante es la moderación, ceder los lugares considerados como primeros y descender a un segundo lugar? He aquí la enseñanza que se sigue: veremos que el que escogió el mejor sitio, no obtuvo allí ningún beneficio” (S. Juan Crisóstomo).

T3. La magnanimidad de Abrahán. Gn 14, 11-16. “Vemos la magnanimidad de Abrahán, su increíble libertad de espíritu, su generosidad, su deseo de ser sólo el deudor del Señor. Y nos preguntamos ¿Qué es lo que le permitió a Abrahán este coraje, esta superación de sus temores. ¿Es absurdo perseguir a un enemigo tan poderoso? ¿Qué es lo que le permitió a Abrahán superar ese resentimiento natural para con Lot? Podría haber dicho ¡Él se lo ha buscado! ¿Qué es lo que le permitió mostrarse tan desprendido ante el botín tan espléndido que había obtenido? La respuesta: Para Abrahán su riqueza es Yahvé, tiene una riqueza tan abundante de porvenir, de presencia amigable de Yahvé, que frente a esa amistad, todo lo demás es muy poco. El que es enriquecido por el conocimiento de Cristo, se va sintiendo liberado gradualmente del imperio determinante de los afectos desordenados: resentimientos, miedos, temor, avaricia, estrecheces, mezquindad, envidias, pequeñas venganzas, y se libera de todo eso a través de la riqueza que Cristo nos va dando interiormente” (Cardenal Martini).

T4. Abrahán rechaza las riquezas del rey de Sodoma. Todo lo espera en Dios. Gn 14, 17-24. “Qué notable es aquello de que Abrahán no haya querido tocar nada del botín obtenido con la victoria, ni tomar lo que se le ofrecía! En efecto, recibir la recompensa disminuye el fruto de la victoria y elimina la gratuidad de la obra buena. Pues tiene gran importancia saber si se ha combatido por dinero o por la fama. En el primer caso, el combatiente es considerado como un mercenario, en el segundo se hace acreedor de la fama como un salvador. Justamente el santo patriarca rehúsa apropiarse de cualquier cosa del botín” (S. Ambrosio).

T5. “Y le dice: *No temas Abrahán*. Observa su extraordinario cuidado. ¿Por qué decía *No Temas*? Había despreciado una gran riqueza, concede poca importancia a lo otorgado por el rey, por eso Dios le dice *no tengas miedo porque hayas desdeñado dones semejantes, no te aflijas porque tu superioridad se vea menguada. No temas*. A continuación, a fin de elevar más su ánimo, añade a sus palabras su nombre y le dice: *No temas, Abrán*. En efecto, decir el nombre de la persona a la que nos dirigimos no es pequeña ayuda para levantar el ánimo. Entonces dice: **Soy tu escudo**. También esta frase está cargada de significado. *yo soy tu escudo*, es decir, luchó en tu lugar, te defendiendo, me preocupo..., yo soy tu escudo. *Tu recompensa será muy grande*. No quisiste tomar recompensa por los sufrimientos que soportaste al exponerte a tales peligros, sino que despreciaste al rey y a cuanto te ofrecía. Yo te procuraré la recompensa, no como la que habrías recibido, sino, con mucho, más grande” (S. Juan Crisóstomo).

T6. Abrahán ofrece culto agradable a Dios. Gn 12, 7-9. ““Así pues, ofrecemos nuestros cuerpos como hostia viva y agradable a Dios, cuando le servimos con toda santidad, castidad, inocencia, fe y religión. Por lo demás, somos llamados también templo de Dios, [...] Así pues, hostia viva es la caridad de un corazón puro y de una conciencia sincera; hostia viva es la fe sin mancha; hostia viva es la lengua sin dolo; hostia viva es la limosna sin fraude; hostia viva es el ojo sin escándalo; hostia viva es la vida religiosa, la fe pura, el alma sincera. Y, por eso, a nuestro culto racional, es decir, a una conducta santa, la Escritura la llamó hostia viva agradable a Dios” (S. Gregorio de Elvira).

T7. La oración de escucha. Gn 12, 4. “Abrahán no habla casi nunca; incluso en la oración sus palabras son pocas de ordinario. O sea, Abrahán escucha, por tanto, la primera actitud de Abrahán orante es escuchar. Dios habla, repite, y él escucha y va, escucha y se mueve, escucha y camina. Es un hombre muy atento reverencialmente a la palabra, es decir, un hombre que ha apostado toda su vida por la palabra y vive de ella. Escucha la palabra de Dios y la pone en práctica”(Cardenal Martini).

T8. Oración de lamentación. Gn 15, 2-3. “Esta oración de lamentación podríamos llamarla también oración de interrogación, ya que se basa muy a menudo en una pregunta: ¿Por qué Señor? ¿Por qué haces esto? ¿Por qué no vienes en mi ayuda? ¿Por qué me abandonas? ¿Cómo es posible que me dejes solo? Observamos que su oración es la de uno que está a la escucha de Dios y que ha acogido ya su palabra. Abrahán es el hombre que no comprende lo que le ocurre a él ni a los demás” (Cardenal Martini).

T9. La Oración de Intercesión. Gn 18, 22-33. “*Yahvé delante de Abrahán* es casi un Yahvé que quiere ser interrogado, un Yahvé que desea que Abrahán le diga algo, que le pida, que le haga participar de sus designios, y se queda allí, en silencio, dispuesto a recibir la palabra de Abrahán, que le pregunta a Dios porque Dios mismo se le quiere manifestar”(Von Rad).

T10. “Es la petición de justicia que Abrahán expresa en su intercesión, una petición que se basa en la certeza de que el Señor es misericordioso. Abrahán no pide a Dios algo contrario a su esencia; llama a la puerta del corazón de Dios pues conoce su verdadera voluntad. Ya que Sodoma es una gran ciudad, cincuenta justos parecen poca cosa. (...) La destrucción de Sodoma debía frenar el mal presente en la ciudad, pero Abrahán sabe que Dios tiene otros modos y otros medios para poner freno a la difusión del mal. Es el perdón el que interrumpe la espiral de pecado, y Abrahán, en su diálogo con Dios, apela exactamente a esto. Y cuando el Señor acepta perdonar a la ciudad si encuentra cincuenta justos, su oración de intercesión comienza a descender hacia los abismos de la misericordia divina ... cuarenta, treinta ... diez. Y cuanto más disminuye el número, más grande se revela y se manifiesta la misericordia de Dios, que escucha con paciencia la oración, la acoge y repite después de cada súplica: *Perdonaré... no la destruiré... no lo haré*” (Benedicto XVI).

PREGUNTAS

1) ¿Antes de tomar una decisión o hacer una elección, pienso si me conviene a mí o a mi familia, o me dejo llevar por “el deseo caprichoso” del momento y elijo por lo aparente? ¿Me preocupa mucho lo que piensen los demás, dándole importancia a las apariencias? ¿Me dejo llevar por las apariencias etiquetando a las personas? ¿Espero a que otros elijan, para después elegir yo, o me precipito a escoger la mejor parte, sin pensar en el otro? ¿Pongo el corazón en las cosas materiales? ¿Soy consciente de que cuando me alejo de Dios por embotar mi corazón con lo material, pierdo también los bienes inherentes a Él que son los que me dan la felicidad?

2) A la hora de ayudar a una persona, ¿me pongo a pensar si se lo merece, si él ha hecho algo por mí, si me conviene o me interesa, o por el contrario, me dispongo con prontitud a ayudarlo, sin esperar nada a cambio? ¿Soy de los que piensa “perdono, pero no olvido”? ¿Tengo claro que si ayudo a una persona, aunque eso conlleve algún riesgo o pérdida, encontraré la recompensa en el Señor? ¿Qué busco cuando ayudo al prójimo, busco su bien o busco la fama, quedar bien o algún otro interés?

3) ¿Espero todo en el Señor, sabiendo que de Él me vendrá la salvación y toda justicia, aunque implique renuncia, o por el contrario acepto “premios” “riquezas” “honoros” que no me convienen, pero me dan éxito, riqueza o fama? ¿Acojo en mi interior las palabras que Dios le dice a Abrahán: “*Soy tu escudo*”, llenándome de paz, sabiendo que si obro en justicia, Dios no me dejará nunca de su mano?

4) ¿Ofrezco a Dios mi vida entera, cada momento y circunstancia, sabiendo que ese es el sentido de mi vida? ¿Ofrezco a Dios algunas parcelas de mi vida, y otras me las reservo para mí, sin dejarle entrar, siendo yo soberano de ellas?

5) ¿Dedico tiempo a la oración, a entablar trato íntimo con el Señor para poder escucharle? ¿Tengo la confianza con el Señor para abrirle mi corazón y mostrarle mis heridas o mis quejas? ¿Creo en la oración de intercesión, sabiendo que es Dios quien pone ese deseo en mi corazón y que participo, de esa manera, en la comunión de los santos, amando más al prójimo?